

zas, amigo mío? ¿no le he cumplido siempre mis contratos? — Es verdad, yo no digo nada de eso, ni desconfío de vd., D. Alejo; pero sí del tiempo, somos mortales y... — Pues por eso mismo le propuse que le firmaría un documento. — Siempre no tratamos, no tengo dinero por lo pronto, ya veremos si otro día no me coge tan deshabilitado. — Quede con Dios, amigo, le dije picando mi caballo, hecho un chile de ver frustrada la segunda tentativa, y no quedándome otro recurso que ocurrir al favor de Remedios que tanto había yo repugnado, me resolví á mi pesar á ocuparla. Cuando me le presenté, ya el bribón á quien le tiré con una bola del billar, la había impuesto de todo lo que había pasado, y que de veras estaba yo arruinado, con eso cuando yo llegué me recibió con semblante muy compungido y los ojos llorosos, me hizo sentar junto á ella detrás del armazón y con voz sofocada por la pesadumbre me dijo: — ¡Ay Alejito de mi alma! qué desgraciados nacimos, el hado cruel se ha empeñado en perseguirnos, ya sé, vida mía, que te han embargado, que estás en un conflicto, y eso me destroza el alma; me hace verter el llanto que miras y quisiera tener dinero para sacarte de ese compromiso, pues no tengo ni medio partido por la mitad, negrito mío; pero si mi corazón te sirve, ábreme el pecho, llévatelo, ¿qué más quieres? — Yo no te he venido á pedir nada, Remedios, respondí picado de aquella prevención de negativa rodeada de tan falsas demostraciones, y siguiendo los impulsos de mi orgullo continué: Todas esas voces que corren son falsas, he querido probar á mis amigos para conocerlos, ningún compromiso me apura, antes por el contrario, jamás he estado mejor ni más abundante, mi venida era á tranquilizarte, lo demás me importará un pito. — Tú me engañas, negrito, hablas de un modo tan sarcástico que no paso á creer lo que dices. — Pues entonces peor para tí, no tengo muchas ganas de ver lástimas, bien puedes guardar ese corazón que me ofreces porque maldita la cosa para que lo necesito; ¡maldita seas! y me salí. Le eché un brinco á mi caballo y me alejé al galope sin hallar partido que tomar, viniéndoseme á la memoria las sentenciosas palabras de D. Clemente. Ese hombre está inspirado, dije hablando conmigo mismo, muy pronto he tenido los más crueles desengaños; esos bribones me

han mofado, el matanceño desconfió, y por último esa maldecida se me niega antes de solicitar su favor; ya son las dos, y de aquí á las cuatro menos puedo conseguir ese dinero; veremos si acaso mi madre mirando el apuro en que me hallo, me facilitará alguna salida, puede que tenga algún guardadito, las mujeres son tan amantes de juntar. — Eres un ladrón, me dijo D. Clemente, has dilapidado los intereses de tu madre viuda, de tus hermanos chicos, eres un pícaro escandaloso, y yo no sé cuántas cosas agregé, con tono serio, voz firme y semblante aterrador, que yo sentía que me llegaban al alma, que me anonadaban, este ha sido el único hombre á quien le he agachado la cabeza, y no he tenido valor de resistir sus imponentes miradas, á otro cualquiera me le voy á las barbas y no me dejo regañar, pero fué amigo de mi padre, llevaron relaciones muy estrechas y no creo que su regañada haya sido no más por no dejar; tiene mucha justicia, soy un pícaro con haber desperdiciado lo poco que mi padre nos dejó.

Dice que seguiré de crimen en crimen hasta dar que hacer á la justicia; bien puede suceder, pues ahora en este instante, si Dios no me abre camino, sería capaz de echarme á robar ó darme un tiro. Llegué á mi casa, le conté á mi madre mi situación y llorando me metió á la recámara, abrió una caja llena de tiliques y me dijo: — Estos trapos hechos pedazos es todo lo que me queda, con la ropa de tu padre te he estado vistiendo á tí, y con los desechos tuyos á tus hermanitos; yo no tengo más que lo encapillado y ni camisa que mudarme, todas mis alhajas he vendido para mantenernos, tú te has desentendido de nosotros, has acabado con lo que nos dejó tu padre; no has querido escuchar mis consejos y por tu mala cabeza nos has sumergido en la miseria, Dios te lo tomará en cuenta, Alejo, mira á esas pobres criaturas en cueros, les das un trato de esclavos, parece que no son de tu familia y si has de seguir así, vale más que en uno de tus corajes nos mates de una vez, antes que tenga yo que ir de puerta en puerta pidiendo limosna: acaba de una vez tu obra, hijo ingrato, no nos estés haciendo padecer.

Me pudo tanto aquella resolución acompañada del ingenuo llanto de los tres, que haciéndoseme presentes todas mis picar-

días no pude menos que echarme á sus pies y decirle también llorando de arrepentimiento : — Vd., madre mía es la que me debe matar, bien me ha dicho D. Clemente, soy un pícaro, un asesino de mi propia familia, perdón, señora madre, perdón, *conozco mis descarrios, soy un pícaro desnaturalizado.* — Todavía es tiempo de que vuelvas sobre tus pasos, hijo mío, me dijo abriendo los brazos y estrechándome contra su seno, con menos elementos comenzó tu padre, el trabajo á que se dedicó nos proporcionó lo que has tirado, de la misma manera que le ayudé á él á multiplicar sus bienes, te ayudaré á ti, estás robusto, joven, no ignoras el modo de trabajar, tus hermanos te ayudarán también, y con el tiempo podremos reponernos ; tú no tienes mal corazón, Alejo, escucha mis consejos, vuelve en tu juicio, resarciremos lo perdido. — ¿Pero y cómo podré rescatar los animales? ¿qué dirá D. Clemente si no le llevo los veintiocho pesos? confirmará sus sentencias, dirá que no tengo vergüenza, que... — Pero, hijo, el que debe ruega ó paga; cuéntale con franqueza nuestra situación, ofrécele algún modo de pagarle, por último, dile que te dé que hacer á ti y á tus hermanos, mas que sea en el tajo para desquitar el dinero, ¿si tienes brazos y fuerzas, Alejo, por qué te apuras? eso se queda para los flojos y holgazanes que le huyen al trabajo, para los pillos que quieren vivir á costa ajena, para esos bribones sin pundonor que no temen á Dios; anda á ver á D. Clemente, es buen hombre, hazle presente que tu padre fué su amigo, que yo espero en María santísima que le moverá el corazón; ha sido muchacho, conoce el mundo, es franco, sincero y enemigo de hacer perjuicio.

— Voy á seguir su consejo, madre mía; pero no me deje en la incertidumbre, otórgueme su perdón, bendígame, déme esa prueba de que olvida mis infamias, y volviéndome á arrodillar ó clara y distintamente estas palabras : — Sí, yo te perdono, hijo querido, con toda mi alma y así Dios me perdone mis pecados, en su santo nombre te bendigo. Hizo la ceremonia, le besé la mano, y abrazándola frenético de gozo, por poco ahogo á mi pobre viejecita, sintiendo al bañarle su marchitado rostro con mis lágrimas, una cosa extraordinaria que me regeneraba, que desterraba la amargura de que estaba poseído, me parecía

despertar de un sueño, en suma, no daba aquel instante de dulce bienestar, por los tesoros más grandes del mundo; la cansé á besos lo mismo que á mis hermanos, y mirando que no dilatarían las cuatro, monté á caballo y partí á media rienda para la hacienda, más consolado que si hubiera conseguido el dinero, pues me hice el ánimo de obedecer en todo á mi madre con sólo la diferencia de empeñarme yo no más, para que trabajando en el tajo desquitará los veintiocho pesos. ¿Qué culpa tienen esas criaturas? decía hablando solo, para que paguen con su trabajo lo que yo he derrochado, no señor, ya que tanto mal les he causado y que por lo pronto no puedo repararlo, si quiera no los seguiré sacrificando á mis caprichos, ¡pobres criaturas! ¡pobre de mi madre que la he hecho pasar aquí su purgatorio! D. Clemente no ha mentado, me ha dicho la verdad, merezco que me rompa las costillas, he sido una bestia enjalmable, un tonto, vanidoso, no ha tenido de mí el que no ha querido, esos infames que se vendían por mis amigos, sólo lo eran de mi dinero, que un rayo me parta si les vuelvo á dar los buenos días, y el que me busque el pico ya puede ver cómo se compone. ¿Y mi adorada Remedios? ¿la que mejor quería que le sacara el corazón que darme lugar á que le pidiera treinta pesos prestados? ¿qué bueno hubiera sido cogerle el falso y arrancárselo de veras á ver quién chillaba, yo sé de positivo que tiene su guardado, pasan de tres mil pesos los que á la sordina tiene en circulación y con su modito de cuatro por cinco, despluma no digo pichones sino hasta gavilanes que caen en sus garras, es un águila, un demonio, qué sé yo. Con estas y otras reflexiones entretuve el camino y llegué á la hacienda, salía D. Clemente con sus visitas de la mañana que se estaban despidiendo. — ¿Ya me traes el dinero, Alejo? me preguntó fijando la atención en mi semblante compungido. Iba á responderle que no, y conociendo mi intención me hizo ligeramente una seña que no notaron sus amigos, yo comprendí bien su ánimo, y poniéndome serio contesté con arrogancia : — Sí, señor D. Clemente, aquí lo traigo y aun no dañ las cuatro. — Bueno, bueno, espérame en el despacho, voy á encaminar á estos señores. Me metí para adentro agradeciéndole en el alma aquella acción que me libertaba de humillarme, delante de

aquellos hombres que presenciaron en la mañana mi sonrojo.

— ¿Qué le dije, amiguito? dijo D. Clemente á uno de sus acompañados, todavía ese muchacho tiene su puntita de vergüenza; el remedio es fácil, no se necesita más que calzones, la pobre viuda no ha de ser la que lo contenga, y si los que hemos sido amigos de su padre no vemos por el bien de su familia, malditas las amistades que terminan en egoísmo, estos son los servicios que demandan los amigos que le han tomado á uno la delantera, no mal balbucir un sudario, ni rezar una estación acompañada de un fingido suspiro que no sale del corazón. En fin, voy á devolver á ese muchacho su ganado, ya llevó su potreadita, y donde lo coja á cargo, cabrestea ó se ahorca; buen viaje, y hasta la vista, caballeros. — Adiós, adiós.

Volvió á poco rato, se me acercó y con semblante sereno me dijo: — Conocí por tu cara que no traes el dinero, y quise que delante de esos caballeros no acabaras de perder la reputación, como han sido públicos tus excesos, públicamente te los reprendí; ¿qué sucede por fin con ese dinero? — Que no lo he podido conseguir, señor D. Clemente, y ya que ha sido vd. el único que me ha hecho conocer mis errores, vengo á suplicarle que corresponda su nombre con sus hechos, que me deje llevar los animales de mi familia, y me dé ocupación más que sea en el tajo para desquitarle los veintiocho pesos con mi sudor y trabajo; muy pronto se han realizado sus pronósticos, ninguno me hace formal. — ¿Pues ¿tus buenos y leales amigos? ¿tu querida Remedios, que tanto te ama? — Todos son unos viles, ellos me han burlado, se han reído de mi aflicción, con todos he quebrado los odios de muerte, ella también con fingidas lágrimas trató de excusarse compadecida de mi desgracia, mejor me ofreció su corazón que su dinero: me he propuesto despreciarla cual se merece por su infamia, si no hubiera sido porque el perdón de mi madre me llenó de consuelo, está la hora, señor D. Clemente, que ya no existiera yo, tenía ánimo de darme una puñalada antes de ponerme delante de vd. sin el dinero; pero ella me ha animado para que le suplique á vd. que interponga la memoria de mi padre que fué su mejor amigo, y por el amor de Dios, señor D. Clemente, le ruego que no me desaire, seré su esclavo, mándeme con la punta del pie, májeme

á palos, pero que mi madre no me vea volver sin el ganado.

— Si tú me empeñas tu palabra de enmendarte, obediente y trabajador te conduces con juicio, eres hombre de bien, amante de tu familia, y por último me respetas como si fuera tu padre, eso y mucho más puedo hacer en tu favor; has ocurrido al mejor arbitrio, tomas por padrino la memoria de tu padre que es para mí muy sagrada, apruebo tu resolución; pero te advierto que yo tengo calzones, conmigo no se juega, y lo mismo que puedo labrar tu felicidad y la de tu familia, puedo también echar á un bribón al presidio y quitarle á esa pobre madre al pillo que desde hoy en adelante trata de buscarle su ruina; ¿ahora de ti depende la resolución? — Estoy á su obediencia, señor D. Clemente, dije arrodillándome ante aquel hombre que al mirar en su rostro venerable brillar una ráfaga de alegría me infundía respeto, adoración, qué sé yo. — Sólo ante Dios y tus padres debes humillarte, muchacho, párate, no puedo consentir que estés en esa postura, y me tomó un brazo para levantarme. — No se empeñe vd. en pararme, señor, desde este instante lo venero como á mi padre, disimule mis faltas, quiero resarcir los daños causados á mi madre, á mis inocentes hermanos, yo le juro por la misma memoria de mi difunto padre que tanto venera, no separarme de sus órdenes, en una palabra, ser hombre de bien. — Aquí están estos brazos abiertos, hijo pródigo, enjuga tus ojos y no me estés atormentando con tus expresiones, eres capaz de hacerme llorar como una mujer. Me recibió en sus brazos y se limpió los ojos, pues aunque estaba haciéndose fuerte se le saltaron las de S. Pedro, y serenándose un poco sacó su cigarrera y me pidió que le diera la lumbré, dándome la bolsa de instrumentos mientras componía su cigarro poniéndome otro sobre la mesa, yo me resistía pero insistió diciendo: — Ni tanto que queme al santo, ni tanto que no lo alumbre; yo seré desde hoy para contigo, no un padre riguroso, sino un amigo verdadero, ¿me entiendes? anda á llevar esos animales para el rancho, adviértelos á tus hermanos lo que han de hacer, dejas á tu madre estos seis pesos para su gasto y te vuelves al instante, es capaz que esté esa pobre vieja encomendándose á la corte celestial, con una punta de velas encendidas, porque sólo así quieren conseguirlo todo; anda,

quítala de cuidados, que tiempo bastante nos queda á nosotros para entendernos.

Salí precipitado, lleno de júbilo, dejé el ganado en mi casa, conté á mi madre lo ocurrido, y efectivamente D. Clemente adivinó lo que pasaba, comenzó á apagar cuatro ó cinco cabos de cera; dí mis órdenes, puse en sus manos los seis pesos, y llenándome de bendiciones, me volví al galope para la hacienda: D. Clemente muy contento entró y preguntó: — ¿Dónde está la niña? ¿dónde está la niña? — En el mirador con Galatea, respondió una criada. — ¡Albricias, Joaquina, dame las albricias! exclamó entrando y haciéndole cariños á la perrita. — ¿De qué me cobras albricias? respondió una señora de más de sesenta años desviando de sobre un libro del Año Cristiano un gran antejo con su pie y varilla de plata, que traía colgado del cuello con una cadena de acero. — Ya tengo lo que deseaba, todo mi plan me ha salido á pedir de boca, ya no estoy perniquebrado. — ¿Cómo tú? si yo te he visto entrar cojeando como siempre, tus reumas son viejas, no se quitan así no más, solo un milagro. — Dices bien, un milagro; pero no de los que hacen los santos, sino de los que hace el mundo; ese muchacho Alejo, se viene conmigo, ya podré tener algún alivio. — ¿Pues de cuándo acá se ha metido á médico ese calavera? — No me entiendes, Joaquina, eres muy simple. — ¿Pues explícate, hermano, tú eres el que me estás confundiendo? — Te hablaré más claro, Alejo se viene conmigo, ya lo tengo del hozalito, ése será mis pies y mis manos, me aliviará la carga, tiene veintidós años, está robusto, no es tonto; lo voy á poner de ayudante de la persona, que reviente caballos, que ande todo listo como siempre ha estado; me da mucha tristeza el no poder ver los tajos, dar una andada á las estancias, madrugar á las ordeñas, en fin, no poder cumplir con mi obligación, porque cada día estoy más embalestado, el sol me quema, el caballo me cansa, y se me hace cargo de conciencia coger el sueldo sin merecerlo, por mi imposibilidad, D. Pablo ha hecho una confianza ciega de mí, se pasan años para que venga á ver cómo están sus intereses, y yo sería ingrato y malagradecido si no procuro administrárselos como merece la confianza tan grande que en mí tiene, dispóngale á ese muchacho su cama

en mi recámara, mañana no me levanto hasta que esté el sol fuera, no me vuelven á postrar las heladas, á irritar el sol, á resfriarme las lluvias, ni á acatarrarme el sereno. Ya conocerás por lo dicho que no estaré perniquebrado, y sí muy aliviado, sin que por eso deje de cojear, ni Alejo se haya vuelto facultativo.

— Pues mucho me alegro, Clemente, y bien mirada la cosa, yo te doy la enhorabuena, y tú eres el que me debes las albricias, aflójame, aflójame un peso para mandarle decir una misa á la Divina Providencia, para que Dios permita que ese muchacho asiente la cabeza y no vayan á ser inútiles tus afanes. — Dices bien, toma para la misa, y se volvió para el despacho murmurando solo: — Estas son las cosas del mundo, debía de traer ese muchacho dinero y yo recibirlo, y mejor lo ha llevado y me cargaré á mi cuenta esa deuda; vine pidiendo albricias, y me costó un peso la visita, si así sigo medrados estamos, por cierto de mi ayudante. No, no, no es caro el bien cuando llega.

Poco antes de la oración estuve de vuelta, y al apearme gritó D. Clemente á uno de los sirvientes que allí andaba: — Coge ese caballo del amo D. Alejo, ponlo en toril separado para que los otros no lo pateen, échale harto de cenar; antes de las tres de la mañana, que esté ensillado y listo en el portalito. Dieron cuenta los mandones y reunidos allí todos les dijo: — Señores, cualquiera orden ó disposición que les mande el amo D. Alejo, se obedece como mía, es mi segundo, mi ayudante de campo, ¿lo entienden? — Sí, señor amo, respondieron todos. — Pues mira, Alejo, imponte de las órdenes que voy á dar, apúntalas en esa cartera, y cuando vuelvas del campo, me das exacta cuenta de ellas. Empezó á dar sus disposiciones á cada uno, y yo tomé nota. — Mire, caporal, ordenó, que recojan temprano la caballada mansa, la metan en la manga del Cuizillo, para que allá vaya el amo D. Alejo á escoger para su silla los caballos que guste; le cuidan aparte su hatajito, y él dirá adónde se los tienen listos.

Los despidió dándoles las buenas noches, y nos metimos á tomar chocolate, mientras que el escribiente acababa de hacer sus apuntes. Doña Joaquina me recibió muy cariñosa, pronto me conoció la Galatea, y después de rezar el rosario nos meti-

mos para la recámara, se tiró en su cama, me hizo sentar á su lado y comenzó á darme mil consejos, á prevenirme cómo me había de conducir con los dependientes, y ordenarme lo que debía de hacer, concluyendo con: Yo no te señalo sueldo ninguno, te daré lo que pueda para que tu madre y hermanos se vayan manteniendo, tú pídemelo cuanto necesites, hijo mío, y sólo te exijo el fiel cumplimiento de mis órdenes con actividad, empeño, y buena voluntad, no olvides que por la memoria de mi buen amigo tu difunto padre, me has jurado ser hombre de bien; ya probaste la libertad y holgazanería, ¿qué has sacado? arruinarte y hacer lo mismo con tu familia, empezar á tener un concepto demasiado triste para un pobre ranchero. ¿Qué ventajas te lograste con tus amigos? un desengaño, y que si sigues sus pasos caminarías como ellos á tu perdición completa; ¿cuál ha sido el fruto de tus enredos con esa alesna de doña Remedios? que también te estafara, te contagiara con la deshonra que tiene marcada sobre su frente, una mujer pública que no se puede querer, porque el amor no se vende, las caricias que te haya hecho mientras te desplumaba, tiempo hace que las estudió para cuantos tengan algo que pillarles, eso es muy desabrido, degradante, ridículo, peor que andar luciendo un caballo de alquiler que todo el mundo ha espueleado. Ya tuviste tus desengaños, ya te dije que todavía puedes volver sobre tus pasos, piensa bien en tu situación y verás que no te miento, aprovecha la poca experiencia que tienes, y serás el mayor majadero si vuelves á las andadas; aunque no sea sino por no merecer el título de tonto ó necio, debes cambiar de vida y con hechos palpables desvanecer el vil concepto que se habían formado de ti cuantos te han conocido, para que á la larga ninguno se atreva como yo á decirte en tus bigotes, delante de las gentes: ¡eres un pícaro! ¡un ladrón! ¡un infame! y quién sabe cuánto te dije, sin que hubieras podido responderme con satisfacción: miente vd. como un villano y volvieras por tu honor como lo hace un hombre de bien. Ya me contarás tus cosas con espacio, puede que no se haya perdido todo, y que rescatemos algo, aparta treinta ó cuarenta caballos de los mejores, porque lo menos que necesitas, son tres ó cuatro diarios y más que los revientes, por vida tuyita que

me sirvas bien y violentito, no me gustan hombres pachorrudos, ni que me pongan dificultades en lo que rando, mucho menos que sean temerosos á los elementos, eso se queda para mí que ya me vencieron, però en muchos años los he recibido sin que se me diera un grano de anís sus rigores; como á las nueve cenamos y nos acostamos á dormir.

A las tres de la mañana me dió el grito de arriba amo D. Alejo, me levanté presuroso y él me dijo: — Véte á desayunar á la ordeña, luego escoges tus caballos, los repartes en las estancias, cuatro ó seis de los mejores mandas para acá, formas tu chinchorro para que de allí sean relevados pues mi fin es que en cualquiera parte á donde te mande tengas donde remudar, y si se me pone en la cabeza le des vuelta á toda la hacienda en tres días, me traes una razón circunstanciada de mis encargos, procura estar aquí tempranito, si conoces que no te alcanza el tiempo para venir á comer conmigo, le avisas á Joaquina que te mande la comida á algún punto avanzado ó que te disponga un itacatito, por ahí andan rodando mis arganitas; con que anda bendito de Dios á trabajar ahora que tienes fuerzas y juventud. Salí, monté en mi caballo y cumplí con cuanto me mandó, con un gusto y un empeño que lo dejó satisfecho, señalé para mi silla cuarenta caballos escogidos de todos pelos, clases y condiciones, y más de cuatro veces tuvo la humorada de hacerme andar la hacienda en los tres días. En la noche siguiente me hizo contarle todas mis aventuras, yo no le excusé nada, y cuando acabé con lo de doña Remedios exclamó: — ¿Conque no te dió tiempo á que le descubrieras tu desgracia? — No, señor, antes por el contrario conociendo que no había de sacar nada bueno de ella, le dije que la habían engañado, que lo que hice en el billar fué una ensayada mía para conocer á mis amigos, en fin, me retiré dejándola dudosa de la verdad, sin que definitivamente hayamos quebrado.

— Magnífico, magnífico, ¿y cuánto calculas que esa maldita te ha estafado, así, poco más ó menos? — Señor, pasan de mil y quinientos pesos. — Fijémonos en una cantidad determinada, ¿te contentas con que te devolviera mil trescientos? — Sí, señor, y cómo no. ¿Dices que tiene sus medicillos, y es muy avarienta? — Tiene algunos miles reunidos y es la codicia perso-